

Ferias y Fiestas de la Santa Cruz

NUEVAMENTE las tenemos ahí, con su jolgorio, con su color, con su alegría. Es muy posible que el escritor Pedro Corominas, al consignar las «Gràcies de l'Empordà», le pasaran por alto las Ferias y Fiestas de la Santa Cruz de Figueras. ¿Desde cuándo se celebran? Ya podríamos saberlo si quisiéramos, pero no vamos a entretenernos ahora en indagarlo. Hace muchos años, muchos. Pero lo que hace falta saber es cómo, en el curso de tantos años, se ha ido manteniendo el verdadero espíritu de estas ferias y fiestas. Su sentido gira, indiscutiblemente en torno a la «Invención», o sea al hallazgo del Santo Madero en el que se consumó la Redención del género humano, convirtiéndose en el signo característico de los que nos consideramos redimidos por la Divina Sangre de Cristo. En nuestro número de hace un año nos lamentábamos de la decadencia sufrida en la hermosa tradición figuerense de las Cruces de Mayo. ¿Qué mejores galas para la ciudad que las calles y plazas adornadas con floridas Cruces de Mayo? Meritoria en alto grado es la labor desarrollada por la Acción Católica local al venir fomentando mediante sus ya tradicionales concursos la continuidad y el auge de esta tradición eminentemente figuerense. No nos cansaremos de insistir para que Figueras, al sobrevenir sus Ferias y Fiestas de la Santa Cruz, pregone en sus calles y plazas el signo bajo el cual se celebran.

Por lo demás, rumbee la hospitalidad en los hogares figuerenses y que el alborozo y el esparcimiento brinden una pausa al trajín y al quehacer habitual con los festejos selectos y populares que se celebrarán. Que vengan muchos forasteros, pero no olvidemos una cosa. Hace tiempo que se habla de la erección de una Cruz de término y, lo que es este año no la vemos todavía. Que para las próximas Ferias y Fiestas pueda ser una realidad y los que entren a gozar de los festejos puedan recibir su saludo de paz.

LA TRAMONTANA

TODOS sabemos con qué fuerza sopla la tramontana cuando se desencadena desde lo alto de las montañas de Recasens. Dicen que procede de los Alpes en cuyos macizos se forma y llega a estas tierras ejerciendo una influencia decisiva en la vida y en la historia del país.

Sopla por los canales que forman nuestras calles y algunos de los árboles que las adornan han quedado inclinados para el resto de su vida. Así sucede, por ejemplo, con el primer árbol de la subida al Castillo.

No recuerdo, aunque me parece que le estoy oyendo, si D. Pedro Corominas cuando escribió «Les Gràcies de l'Empordà» para aquellos Juegos Florales de unas Fiestas de Santa Cruz de hace ya muchos años, citó como tal gracia nuestra tramontana.

Y sin embargo, si es que no lo hizo, podía haberlo hecho, porque el Ampurdán no puede concebirse sin tramontana.

Ya en la época romana, cuando Marco Porcio Catón vino a España para sujetar a los indígenas que habían tomado una actitud amenazadora contra Roma estableció su campamento a dos millas de la ciudad de Ampurias y cita la tramontana, diciendo que «Allí el viento Cercius cuando se habla llena la boca, derriba a un hombre armado, y vuelca una carreta cargada».

Si nos remontamos a la leyenda de la fundación de San Pedro de Roda, parece que a la nave que llevó las reliquias del Santo desde Roma navegando por las aguas del Tíber hacia el mar un temporal de tramontana la llevó al puerto de Asmen Rodas y los monjes decidieron quedarse en aquellas tierras en donde habían desembarcado, llevando las preciosas reliquias a una cueva de la montaña en cuyo lugar fué fundado, más tarde el célebre Monasterio de San Pedro de Roda. (Año 603).

A finales del siglo XI se produce una gran epidemia de peste; su origen está en las aguas infectadas extendido por todo el llano, desde Figueras al mar. Se hacen grandes rogativas, se construye la iglesia dedicada a San Sebastián, como abogado contra la peste, y la ermita de San Roque en lo alto de la colina del castillo y se instaura la costumbre de acudir todos los años en procesión a Ntra. Sra. de Recasens, para ir a buscar la tramontana con el fin de que seque las charcas, y se lleve los mosquitos que son causa de las enfermedades.

La vida entera del país está ligada a la tramontana y las nubes de la montaña de Recasens que señalan el próximo vendaval, son esperadas y deseadas.

A primeros de noviembre del año 1701, tuvo lugar en Figueras la boda del Rey Felipe V con María Luisa de Saboya. Esta boda no se hubiera celebrado en Figueras si no hubiera sido por la tramontana, que obligó a la novia a desembarcar en la costa francesa porque el temporal no dejaba continuar la galera española que la conducía a Barcelona.

Y, en el camino entre Figueras y La Junquera, el temporal sopló tan fuerte que fué preciso afianzar con cuerdas, que sostenían unos lacayos a pie, la carroza en que viajaba la real novia que, a cada paso, amenazaba ser derribada por la fuerza del viento.

En 1817 la tramontana derribó la torre del reloj del campanario. La campana de las horas atravesó la cúpula y cayó dentro del crucero y la de los cuartos, empujada por el vendaval, cayó frente al Ayuntamiento.

También en 1877 la tramontana se llevó el viaducto de Colera del que poseo una curiosa fotografía.

Estas pocas citas legendarias o históricas que he podido recoger patentizan de una manera evidente la fuerza de la tramontana en nuestra tierra. Sin ella, de ser verdad la leyenda, seguramente no se habría fundado el Monasterio de San Pedro de Roda en las montañas de Verdera. Tal vez la peste hubiera hecho imposible la vida en esta comarca y la boda del rey Felipe V no se hubiera celebrado en Figueras; y quien sabe si su influencia tiene algo que ver en el carácter de los ampurdaneses.

Eduardo RODEJA GALTER

LA
TRAMONTANA
VISTA POR
NUESTROS
ARTISTAS

DIBUJO DE
M. CAPALLERAS

